

son únicamente los que dan á los grandes el derecho que tienen de acercarse al trono, y este no se ha elevado sino solamente en favor de los pueblos. En una palabra, los grandes y el príncipe no son, por decirlo así, sino los hombres del pueblo.

Pero si los grandes y los ministros de los reyes lejos de proteger á los débiles parecidos á aquellos tutores bárbaros que despojan á sus propios pupilos: ¡Gran Dios! los clamores del pobre y del oprimido subirán á vuestro trono; maldeciréis estas razas crueles, despediréis vuestros rayos contra los gigantes; derribaréis todo este edificio de orgullo, de injusticia y de prosperidad que se habia levantado de las ruinas de tantos desgraciados, y la prosperidad de aquellos se sepultará bajo las ruinas. Así es como la prosperidad de los grandes y de los ministros de los soberanos que han oprimido á los pueblos, nunca ha producido mas que oprobio, ignominia y maldicion para sus descendientes. De este tronco de iniquidad se han visto salir descendientes infames que han sido el

baldon de su familia y de su siglo. El Señor se ha indignado contra el cúmulo de sus riquezas injustas y las ha disipado como el humo, y si permite que existan todavía sobre la tierra los restos desgraciados de su raza, es para que sirvan de monumento eterno de sus venganzas y para perpetuar la pena de un crimen que casi siempre eterniza la afliccion y la miseria pública en los imperios.

Es pues la proteccion de los débiles el único uso legitimo que puede hacerse del favor y de la autoridad; pero los socorros y las dádivas que deben encontrar en nuestra abundancia, forman el último carácter de la humanidad.

Si, hermanos míos, si Dios es el único que os ha hecho lo que sois: ¿Que otro designio pudo tener, dándoos con tanta profusion los bienes de la tierra? Ha querido acaso facilitaros el lujo, las pasiones y los placeres que él mismo condena? Son acaso donativos que os ha hecho en su cólera? Si así es; y que para solo vosotros ha creado la prosperidad y la opulencia, gozad de uno y otro en buen hora, formad, si es que

podeis , una justa felicidad en este mundo , vivid como si todo se hubiera creado para vosotros , multiplicad vuestros deleites , apresuraos á gozar , porque el tiempo es corto , no esperéis mas sino la muerte y el juicio , pues que ya habeis recibido acá vuestra recompensa.

Pero si conforme á los designios de Dios , vuestros bienes deben ser el medio y el recurso para facilitar vuestra salvacion , y solo ha dejado pobres y desgraciados en el mundo para vosotros , debeis por consiguiente hacer en favor de ellos las veces de Dios , pues sois , por decirlo asi , su providencia visible : tienen derechos de reclamaros y exponeros sus necesidades , y por consiguiente vuestros bienes son suyos , y vuestras liberalidades el único patrimonio que Dios les ha señalado en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

¿ QUE cosa mas digna de ser envidiada hay en vuestro estado , que la facultad y el poder de hacer dichosos ? Si la humanidad para con los pueblos es la

primera obligacion de los grandes , no es tambien el uso mas grato que puede hacerse de la grandeza ?

Cuando la religion no fuese por sí misma un motivo general de caridad para con nuestros hermanos , y nuestra humanidad para con ellos solo se pagase con el placer de hacer felices y de aliviar á los que padecen , nada mas se necesitaria para un buen corazon ; porque el que no es sensible á un placer tan verdadero y tan tierno , no ha nacido grande , ni aun merece ser hombre . ¡ Cuan digno es de menosprecio dice san Ambrosio , el que pudiendo hacer dichosos no quiere ! *Infelix cujus in potestate est tantorum animas à morte defendere, et non est voluntas!* (San. Amb. in Nab. XIII.)

Y aun parece una maldicion inherente á la grandeza ; porque los que han nacido en la oscuridad , solo envidian á los grandes el poder de hacer bien y contribuir á la felicidad de los demas , y hay un sentimiento de que en su lugar seria uno muy feliz en derramar la alegría y el contento en los corazones haciendo

beneficios, y en asegurar para siempre el amor y la gratitud. Si en una condicion mediana se forman algunas veces deseos quiméricos de alcanzar empleos elevados, el primer uso que los hombres se proponen hacer de su nueva elevacion, es el de ser benéficos y de hacer participes de su beneficencia á quantos les rodean, y esta es la primera leccion de la natureleza y el primer sentimiento que experimentan dentro de sí los hombres del comun. Solo en los grandes está extinguido, y parece que la grandeza les da otro corazon mas duro y mas insensible que el del resto de los mortales, que quanto mas disposicion tienen de aliviar á los infelices, menos les conmueven sus miserias, que quanto mas dueños son de conciliarse el amor y la benevolencia de los hombres, menos caso hacen de ello, y que les basta el poderlo todo para que nada los mueva.

— Pero, hermanos míos, ¿ que uso mas humano y mas lisonjero podríais hacer de vuestra elevacion y de vuestra riqueza? El que os prestasen homenajes? El orgullo mismo se cansa de ellos.

¿ Mandar á los hombres y dictarles leyes? Estos son cuidados de la autoridad, y no un placer. ¿ Ver aumentárseos vuestros siervos y esclavos? Pero estos son testigos que os embarazan y estorban mas bien que una pompa para vuestro decoro. ¿ Habitar palacios suntuosos? Pero edificais dice Job soledades, que pronto habitarán juntamente con vosotros los cuidados y tristes pesares. ¿ Reunir allí todos los placeres? Podrán llenar aquellos vastos edificios, pero siempre dejarán vacío vuestro corazon. ¿ Hallar diariamente en vuestra riqueza nuevos recursos para vuestros caprichos? Pero la variedad de aquellos se acaba bien pronto, todo se apura luego, es necesario retroceder y volver á empezar continuamente lo que el tedio ha hecho insípido y la ociosidad necesario. Emplead como gustéis vuestras riquezas y vuestra autoridad, en todos los usos que el orgullo y los placeres pueden inventar, y os saciaréis, pero no quedaréis satisfechos: os mostrarán la alegría, pero no quedarán en vuestro corazon.

Empleadlos en hacer felices, en pro-

curar una vida mas soportable y mejor á los desgraciados á quienes el exceso de la miseria quizá ha obligado mil veces, á desear como Job, que el dia de su nacimiento, hubiera sido el de la noche eterna de su sepulcro, y entonces gustaréis del placer de haber nacido grandes, y conoceréis el verdadero regalo de vuestro estado: porque es el único privilegio digno de ser envidiado. Toda aquella vana apariencia que os rodea es para los demas; pero este placer es para vosotros solos; todos los demas tienen sus amarguras, pero este las dulcifica todas. El regocijo que resulta de hacer el bien tiene un atractivo y conmueve de un modo muy diferente que la de recibirle; repetidle todavía, porque es un placer que nunca fastidia; y cuanto mas le gustamos mas nos hacemos dignos de disfrutarle. Cuando mas se acostumbra uno á su propia prosperidad, tanto mas insensible es á ella; pero siempre nos regocija el ser los autores de la de los demas, porque cada beneficio contiene en sí esta retribucion halagüena y secreta en nuestro corazon,

pues el dilatado uso de todos los placeres que le endurece para ellos, le hace cada vez mas sensible,

¿ Y que puede haber mas delicioso para la magestad del trono, que la facultad de dispensar gracias? Cual seria el poder de los reyes si se condenasen á gozar solos? Una triste soledad, el horror de los súbditos y su propio suplicio. El placer mas dulce de la autoridad, es el uso que de ella se hace; y la clemencia y la liberalidad que la hacen amable son el mejor uso que de ella se puede hacer.

Otra nueva razon; ademas del placer de hacer el bien que nos paga de contado el beneficio, manifestad suavidad y humanidad en el ejercicio de vuestra autoridad, dice el espíritu de Dios; porque esta es la gloria mas segura y mas duradera á que pueden aspirar los grandes: *In mansuetudine opera tua perfice, et super hominum gloriam diligeris.* (Eccle XXXII, 19.)

No, Señor, ni la calidad, ni los títulos, ni la autoridad son los que hacen amables á los soberanos, ni tampoco

los talentos gloriosos que admira el mundo, ni el valor, ni la superioridad de genio, ni el arte de manejar los ánimos y de gobernar los pueblos; porque estas grandes habilidades únicamente los hacen ser amados de sus súbditos, en cuanto los hacen humanos y benéficos. Vos solo seréis grande en cuanto seais amado, porque el amar de los pueblos ha sido siempre la gloria mas verdadera y menos equívoca de los soberanos, pues los pueblos no aman en ellos sino las virtudes que hacen su reinado feliz y venturoso.

Y en efecto ¿ Hay acaso para los príncipes una gloria mas pura ni mas tierna que la de reinar sobre los corazones? La gloria de las conquistas está siempre manchada con sangre, porque solo se la adquiere con la devastacion y la muerte, y es preciso para afianzarla causar la desgracia de muchos. Su aparato es lúgubre y funesto, y frecuentemente, el mismo conquistador, si es humano, se ve precisado á llorar por sus propias victorias.

Pero, Señor, la gloria de ser amado de su pueblo y de hacerle feliz tiene por

compañeras la alegría y la abundancia, no hay necesidad para inmortalizarla de levantar soberbias estatuas y columnas, porque ella misma engendra en el corazon de cada súbdito el respeto, y eleva en él un monumento mas duradero que el bronce, pues el amor de que proviene es mas poderoso que la muerte; siendo asi que el titulo de conquistador solo está gravado sobre el mármol, y el de padre del pueblo lo está en los corazones.

Gran felicidad es para el soberano el considerar su reino como si fuera su familia, los súbditos como hijos; saber que sus corazones son todavía mas suyos que sus caudales y sus personas, y el ver, por decirlo asi, ratificar diariamente la primera leccion por la que la nacion puso sus ascendientes sobre el trono. ¿ La gloria de las conquistas y de los triunfos tiene algo que iguale este placer? Pero ademas, Señor, si la gloria de los conquistadores os mueve; empezad ganando los corazones de vuestros súbditos, pues esta conquista os responde de la del mundo; porque un rey amado de una nacion impetuosa como la vuestra, nada

tiene que temer sino el exceso pasagero de sus prosperidades y de sus victorias. Oid aquella muchedumbre que Jesucristo sació en el desierto en este dia, y veréis que le quieren hacer su rey. *Ut raperent eum et facerent eum regem.* (Joan. VI, 15.) Ya le levantan un trono en su corazon, no pudiendo todavía colocarle sobre el de David y de los reyes de Judá sus ascendientes, y solo reconocen su derecho á la corona por su humanidad. ¡ Ah! si los hombres escogiesen sus soberanos, no serian ni los mas nobles ni los mas valientes, sino los mas sensibles, los mas humanos, los que al mismo tiempo fuesen sus padres.

Dichosa la nacion, gran Dios, á quien vos destinais en vuestra misericordia un soberano de semejante carácter. Presagios felices nos hacen esperarle, pues la clemencia y la magestad que presenta el semblante de este augusto niño, nos anuncian ya la felicidad de los pueblos; y las inclinaciones suaves y benéficas que manifiesta, nos afianzan y aumentan diariamente nuestras esperanzas. Cultivad pues, ó Dios mio, estas primeras prendas

de nuestra ventura. Hacedle tan afectuoso para con sus pueblos, como lo era su padre, aquel príncipe piadoso, á quien no hicisteis mas que mostrar al mundo: bien sabeis, que no queria reinar sino para hacernos felices; nuestras miserias y nuestras aflicciones eran suyas, y su corazon era el mismo que el nuestro. Crezcan pues la clemencia y la misericordia con la edad en este niño precioso, que las ha heredado de un padre tan humano y tan misericordioso; sean la dulzura y la magestad de su semblante imágen de la de su alma; ame tanto á su pueblo como este le ama, que el afecto que le tiene la nacion sea la regla y medida de el que debe tener, y por estas cualidades será mas grande que su bisabuelo, mas glorioso que sus ascendientes, y su humanidad hará nuestra felicidad en el mundo y la suya en el cielo. Amen.